

VIENTOS DE MUERTE

Días ha dijimos que mal hacía la prensa en sacudir los andrajos de la política.

Hoy ya empieza á verse los malos frutos con tan intempestiva anticipación.

Mal, muy mal hacen los que llevan en su pecho el germen de absurdas ambiciones en revolver el cotarro para desviar á los pueblos de su habitual tranquilidad. Dos años no cumplidos tiene el actual gobierno y sin embargo se trata de entorpecer su administración, la cual quizá resulte bien al fin de la jornada.

No entorpecamos con precipitaciones políticas la marcha de la Administración Pública.

Se cumple un deber de honradez protestando enérgicamente para que se ponga coto á estas cosas.

Déjese para la política el tiempo que la ley concede, y no se acorte el tiempo ni se induzca al pueblo para que forme parte de la más grosera de las farsas. Hacer lo contrario es demostrar deseos desmedidos por atrapar la cosa pública para después, á despecho de la candoridad de los hombres, hacer talvés patrimonio exclusivo de lo que pertenece á todos. Al jornalero que encorva su cuerpo en las fatigas de la siembra, al obrero que quita el polvo de su herramienta en las luchas del trabajo, á todos los que emplean sus energías bajo los rigores del calcinante sol ó bien bajo las desnudeces de un frío invernal, no conviene en ningún concepto, distraer sus atenciones en asuntos políticos divorciados completamente del bienestar del hogar.

Viene la sucesión de gobiernos y sin embargo—los hechos consumados testifican mis palabras—el proletariado no añade al morral de sus miserias una patata más para matar el hambre de sus hijos; ni disminuye el alquiler de su posilga; ni aumenta los jirones que por vestuario cubren sus carnes macilentas; ni agrega un céntimo más á su raquítico salario.

No mejora su situación en ninguna forma, salvo los paniaguados que siempre están á flote de los naufragios políticos.

Es hora que los hombres que gimen bajo el peso del capital, bajo la planta del poder y bajo la férula de pacientes resignaciones inculcadas con malicia por sus místicos mentores, busquen otra orientación que lleve á positivo mejoramiento en costumbres y necesidades.

Nada más lastimoso que mirar á uno de esos hombres pertenecientes al montón sudoroso embriagado con el jugo de la política.

Es triste que escogidas frases de efecto pronunciadas por el interesado, arranquen del taller y del hogar á personas que tienen que trabajar hoy para comer mañana.

Y son frases de relumbrón que ejercen en los siempre explotados esperanzadas convicciones que bien pronto le llevan á doloroso desengaño. Y es que el hombre, fanático por su hombre oscuroce su cerebro por oscuros prejuicios que les cierra las puertas á la luz de la razón.

Esperen los que cifran sus ensueños en el malhadado cambio de gobierno que se llegue el tiempo para trabajar por el dueño y señor de sus simpatías y quiera la providencia que las ilusiones salidas cual mariposa de su capullo con la pureza de nobles sentimientos, no rompan sus alas de oro.

MIGUEL

¿De qué hablo?

(Especial para "Hoja Obrera")

Mi amigo Lesmes Sáurez me recomendó que hiciera lo posible por elaborar algún artículo que encierre los puntos que los directores de Hoja Obrera han trazado.

¿De qué hablo? le pregunté. pues... de algo que juzgue la conducta del Gobierno, algún artículo que defienda á capa y espada los intereses de la clase obrera, á fin de ayudarlos á ensanchar los proyectos tan nobles que pretenden nuestros hermanos salvadoreños.

Al ver los ideales que inspiran y el incremento que tomarán en lo sucesivo las sabias doctrinas de nuestros hermanos, no debemos poner obstáculo en nada, y debemos romper de una vez con esta vida monótona en que nos encontramos la mayor parte de los obreros centroamericanos. Con tan nobles ideas, cualquier costarricense se llena de entusiasmo y en unión de todos, estas ideas pueden sin

ningún obstáculo, llevarse á la práctica.

Sin embargo, para elaborar artículos llenos de brío y entusiasmo, se necesita disponer de un cerebro que se encargue de explicar á las masas obreras las vicisitudes y sinsabores porque atraviesa siempre en todas partes la clase trabajadora; que su voz repercuta en el corazón de muchos pudientes obreros, á fin de que sus calladas manos lleven el óbolo y la protección necesaria á aquellos obreros que tal vez se encuentran sumidos en la indigencia, muchos de ellos honrados padres de familia, á quienes su escaso trabajo no les permite ganar lo suficiente para la manutención de sus pequeños vástagos: que un orador de voz vibrante predique por doquiera la libertad y la unión obrera; que esa unión sirva como bálsamo consolador para todos los hogares que necesitan de la protección y que tal vez por vergüenza no se atreven á solicitarla.

Rechacemos indignados la protección de los Gobiernos, pues bien sabido es de todos, que estos cuando

andan de pueblo en pueblo predicando la libertad el apoyo incondicional á la clase trabajadora y demás artimañas y mentiras de que se valen generalmente para escalar el poder, llegan al fin á la cumbre en medio del entusiasmo popular á brindar á sus Ministros y á festejar el triunfo, sin acordarse en esos momentos de la clase trabajadora, que fué quien los colocó allí temporalmente. Comienza una serie de derroche y buen humor de los parásitos en medio del champagne; los banquetes se convierten en costumbre; los viajes y paseos acompañados de lujosas comitivas que esperan explotar al Gobierno cuando la oportunidad se les presente, y en cambio el obrero, allá en sus talleres privado de esos jolgorios que con derecho le pertenecen, machacando el cuero que los convertirán en calzado para que los usen los gamonales; el carpintero por otro lado fabricando muebles de lujo que son mal pagados por los mismos caballeros; muebles cubiertos de suave terciopelo que utilizarán para descansar sus robustas carnes, engordadas al amparo del sombrero presupuesto; por otros lugares vemos los sastres que con ahínco elaboran las levitas que usarán las sanguijuelas para asistir á recepciones y demás ceremonias oficiales.

Esto lo sabemos todos; no hay necesidad de predicarlo á cada instante, pero me preguntarán: ¿y qué debemos hacer?

El problema es fácil de resolver, cansados estamos de ver abogados, doctores y demás personas aristocráticas manejando las riendas del Estado; ya sabemos lo que son y lo que hacen. Nosotros para resolver el problema, debemos unirnos. No participemos de ninguna evolución política sino hasta última hora. Neguemos nuestros votos á todos los aspirantes á manejar la República y cuando ya sus esfuerzos estén agotados, salgamos con un estandarte vivando á un hombre que por su inteligencia, sea digno de proclamarlo candidato á la Presidencia. Bien sabido es que la mayoría del pueblo la componen los obreros y que sin esa palanca, nadie puede llegar al lugar que desea.

Verdaderamente que esto parece un sueño; cualquiera creería que yo estoy pintando castillos en el aire y que esto no podrá jamás surtir sus efectos. Pero... ¿por qué no se ha de poder hacer? Como dije antes los obreros forman la gran mayoría de la República, y estos, unidos, tendrán indiscutiblemente que triunfar. Muchos grandes personajes temen esta unión porque comprenden que eso sería el despertar de la República, el ascenso de la democracia y la total caída de la prepotencia.

Debemos estar convencidos que todavía no vivimos en un país verdaderamente libre, todavía no se pueden decir las verdades en la prensa y las plazas públicas; todavía los gobiernos no dan amplias garantías para todos los ciudadanos, gozan de más privilegios los que fueron adictos á su candidatura.

Y para que esto sea un país verdaderamente libre, hay que comenzar por dividir la Iglesia del Estado; que todos los ciudadanos tengan el derecho de juzgar á los malos gobernantes, sin que caiga sobre aquel liberal el vengativo azote, que adm. ta y modere sus malos procederés ante la protesta del pueblo; que ante manifestaciones de esa naturaleza no tenga la policía que intervenir sin formarse escándalos ni tumultos; que los empleados públicos se encuentren en el derecho de externar sus opiniones y fiscalizar las adversidades de los Gobiernos sin perjuicio de perder su puesto, salvo que cometa desacatos que redunden en perjuicio de la buena marcha de la Administración Pública,

motivo por el cual será removido de su puesto.

Cuando todo lo que dejo expuesto se lleve á cabo; cuando los gobernantes hagan á un lado como bichos rastroeros á los intrigantes y servilistas, entonces podremos gritar con nuestros pulmones: "Viva la República!"

TEMISTOCLES.

Señor Redactor de Hoja Obrera

Plt.

Muy señor mío:

He creído oportuno el dar á Ud. copia de un artículo que tuve el gusto de leer en "El Tiempo" Número 324 Habana, jueves 26 de Octubre de 1911 y que dice así:

El paraíso del obrero

Con razón se le llama á Nueva Zelanda el paraíso del obrero: una ley de aquel país dice que á todo obrero manual sea de la ciudad ó del campo, se le paguen diez pesetas por cada 8 horas de trabajo; pero el obrero técnico que lleva muchos años de aprendizaje y ha estado en alguna escuela, tiene derecho á percibir un veinte ó treinta por ciento más.

Otra ley obliga al patrono á emplear solamente obreros asociados. Si uno de ellos es víctima de un accidente aunque sea por su propia culpa y por su negligencia, el patrono tiene que pagarle una indemnización. Una persona que tenga á sueldo dos ó más empleados, es considerada para los efectos de la ley como fabricante, y aunque sea banquero, tiene que someterse á las mismas leyes que protegen á los obreros de las fábricas. El industrial que tiene un obrero para trabajar ó un dependiente para despachar, tiene que cerrar la tienda dos veces á la semana porque su establecimiento se considera por las leyes como fábrica, y tiene que observar las leyes del descanso, de los tenderos y de los fabricantes.

"Como todo es relativo, si en Nueva Zelanda se pagan buenos salarios también cuestan caras todas las cosas, especialmente el pan, pues el país es poco productivo y hay que importarlo todo.

"El Gobierno de este país mucho más extenso en superficie que la mayor de las islas Británicas, es probablemente el Gobierno más socialista de la tierra.

"Una consecuencia curiosa del modo de considerar los problemas sociales en Nueva Zelanda, es que allí no se encuentra la pobreza propiamente dicha, pero tampoco hay ricos. Los neerlandeses han resuelto el problema del término medio, suprimiendo las grandes fortunas y las grandes miserias.

"En la actualidad se están haciendo en Nueva Zelanda leyes que limitan la cuantía de las propiedades de una persona á un máximo de 1.400.000 pesetas; las propiedades que excedan á esta cifra, se repartirán entre los pobres y los desheredados.

Por la copia fiel,

A. CARRANZA

San José, Costa Rica.

Por las obreras

Amar á la mujer, es el instinto. Instruirla es el deber.

En las sociedades que hasta hoy han existido, no en todas se ha cumplido con este requisito, antes se ha impuesto la propia conservación, el egoísmo de los hombres con sus crueldades é ingratitudes, reelegando al olvido á las que por la ley ineludible y por su condición de Obreras, han de ser más tarde las tiernas compañeras de su hogar.

Ellas tienen perfecto y cabal derecho de pertenecer á la sociedad de trabajadores, y á ser partícipes en nuestros triunfos; y poner cuantos me-